

CAPÍTULO SÉTIMO.

Del Vice-Presidente y Prosecretario.

Artículo vigésimo sétimo. — El Vice-Presidente y Prosecretario están llamados á suplir las faltas temporales ó absolutas del Presidente ó Secretario, con las mismas atribuciones que éstos, pero en las faltas absolutas se procederá de acuerdo con el artículo décimo cuarto.

REMITIDOS.

Manifestación.

Por informes, fui movido á escribir el suelto firmado «J. B. J.» que vió la luz en el periódico «El Demócrata» n.º 14 de 9 de febrero último, refiriéndome al señor Juez Licenciado don Ramón Bustamante.

Pero en vista de la contestación que dan los señores Licdo. don José Antonio y don Leovigildo Castro, este último en su carácter de Agente Fiscal, y don Lorenzo Montenegro, á las cartas que les dirigió el expresado señor Bustamante, y que éste ha hecho publicar en «La República» del 14 de aquel mismo mes; lo de haber escrito yo los conceptos á que me refiero por informes,—como así lo indiqué,—y como mi intención no fué dañar al señor Juez Bustamante sino la de que este señor corrigiera el abuso, si era que éste se cometía, creo, pues, de mi deber, por respeto á aquellos señores, declarar que en lo relativo al dicho suelto, no estuve en lo cierto.

San José, marzo 4 de 1890.

J. BTA. JIMÉNEZ.

Sr. Presidente del «Club Constitucional de Artesanos.»

P.

En «El Demócrata» n.º 15 se publicó á petición nuestra una carta que á Ud. dirijimos como en desagravio por otra que publicó en «La República» don Emilio Artavia. Pero vista la honrosa explicación que dicho señor hizo de su conducta en la reunión de artesanos celebrada el 7, suplicamos á Ud. publique también la presente felicitando al señor Artavia por su noble conducta y á nuestro Club mismo por la vuelta á su seno de uno de sus hijos más apreciables y mucho más querido hoy por el digno ejempló que nos ha dado á todos.

Quedamos de Ud. attos. y SS. SS.

RAFAEL ACUÑA.

RAIMUNDO CASTRO.

Ecós de Nicoya.

Sr. Redactor de «El Demócrata»

San José

Muy Señor mio.

Dispenseme U. el favor de insertar en su periódico estas mis pobres líneas escritas para dar cuenta de algo que pasa por aquí.

Amigo mio, la cuestión «Política» nos ha dejado ciertos tipos, con el cabestro arrollado, sin más oficio ni beneficio que el de expiar y entremeterse en cuanto se les antoja. Uno hay por aquí que únicamente declare tener sueldo de ciertos diablos ó Santos de Liberia, y U. bien ve que tanto y tanto molesta una mosca por pararse en la nariz que de repente se atrapa y pasa al estado de tortilla, que para nadie es muy agradable. El tipo este, tiene de alacran por la uña, y de muchacho mal criado por

que se las *masca*, conque mi señor Redactor U. y el público de sobra habrán adivinado á quien me refiero y mientras los diablos ó los Santos carguen con él, le estaré dando cuenta de sus procederés y por ahora me repito de U. att, S. S.

Nicoya Marzo 5 de 1890.

A. R. M.

Policia de higiene.

Varias veces se le han hecho á esa Señora indicaciones por la prensa respecto á ciertos focos de enfermedades, que no son menos, las suciedades que en la calle depositan los desagües de casas situadas en la calle del Obispo entre cuesta de Moras y Universidad. Los vecinos de esa calle tenemos que vivir á puerta cerrada por no *sorbernos* los millones de señoritos que forman las muy respetables agrupaciones «Dicteria» «Crup» y otras, y que habitan á sus anchas en los citados desagües. No sabemos porque el Jefe de Policía de Higiene no pone en esto remedio eficaz. Tiene autoridad, tiene empleados, algunos de ellos activos, pues por Dios, don Fermin deles orden que hagan todo lo posible por favorecer la vida de los chiquillos que viven en la referida calle.

Si necesario es. (no lo creemos) á U. acudimos, señor Gobernador para que pinche á don Fermin y este pule á quien pueda y dé lugar á fin de evitar un mal grave del que nos hemos quejado varias veces.

M. Z.

VARIEDADES.

CARTAGO.

De esta ciudad nos comunicá un amigo varias cosillas nada agradables por cierto.

Entre ellas lo sucedido últimamente en el Mercado.

Un ex-Comandante y un ex-gorro en unión de algunos extranjeros empleados en «tramvia y mercados» molieron á golpes á dos infelices que difícilmente se sosténian en pié.

Algunas personas compadecidas, acudieron en auxilio de los *arrugados*. La policia brilló por su ausencia. Cuando llegó fué para apresar..... ¿á quienes dirán UU. . . . ? á las víctimas. Esto indignó á los circunstantes y se mostraron respetuosos, pero enérgicos logrando así que el señor agente, don Ricardo, diese orden de aprehender á los injustos agresores menós al ex-Comandante (¿Por ser como U., esquivelista, don Ricardo?) no sabemos por que. Este proceder injusto motivó la renuncia de todos los policiales. El señor Gobernador admitió las renunciás y, en concepto del amigo que esto nos dijo, había sido mejor pedir la suya á don Ricardo.

Con todo el respeto que persona como el señor Gobernador merece, nos tomamos la libertad de indicarle que la tolerancia ó conciliación también deben tener su término porque sinó sólo se logra «dar alas» á quienes ya se las toman solos.

Telegrafistas y mensajeros.

No podemos resistir al deseo de escribir algo sobre ese asunto. Quizá las muchas atenciones de esos empleados sean la causa única de no atender como el público

quisiera á la «escritura» y «distribución» de los telegramas; pero en ese caso, culpas del Director no tener suficiente número de empleados.

Verdad es también lo que dice el adagio: «El mejor escribiente echa su borron» pero la verdad es que hay «borrones» de esos en los telegramas capaces de causar un conflicto, una ruina, una hecatombe. En días pasados se hizo decir á un Gobernador: «Venga» tal cosa en lugar de: «Venda» tal cosa. Podía en esto haberse ocasionado serios perjuicios que por fortuna se evitaron. Confesamos que los señores Telegrafistas siempre tienen la mayor para *rejetir* puntos y deshacer enredos, pero, perdonándonos la exigencia, quisiéramos que fijaran más y ¡qué diablos! si no se puede con diez, que pongan veinte, y sobre todo, que los mensajeros no nos traigan telegramas de la mañana por la noche. Esto se excusaría siendo para desconocidos; pero para aquellos que diariamente ocupamos el telégrafo, pasa ya de castaño oscuro.

SATIRA.

¿En qué consiste, mi señora Musa, que todos pueden hoy ser escritores? ¿Será este el siglo de la ciencia infusa? ¿Será que los talentos son mejores? ¿O será que el orgullo y la ignorancia nos dan la presunción y petulancia?

En los tiempos oscuros de mi abuelo eran pocos los hombres que escribían, y aquellos estudiaban con desvelo las cosas que tratar se proponían: hoy escribe cualquiera su folleto cuando apenas conoce el alfabeto.

¡Cuánto costaba hacerse literato en aquella maldita edad de cobre! A serlo no llegaba un mentecato por más tinteros que agotase el pobre; pero hoy es literato y erudito el que pasa su vida en un garito.

¡Malditos tiempos fueron los pasados! ¡Bendito diez mil veces el presente! Sólo pudo nacer por sus pecados en los primeros la cuitada gente que estudiando las noches se pasaba, y el libro de la mano no dejaba.

En nuestros días, que envidiará Numa, cualquiera perillán, cualquier zoquete, en teniendo papel y tinta y pluma, una mesa, una silla ó taburete, escribe sin pensar en lo que escribe, y el nombre de escritor toma y recibe.

Pensaron los antiguos como Homero, que antes de entrar al gremio de escritores debían ser gramáticos primero; y estudiaban los tontos ¡qué de errores! como si fuesen niños de la escuela, la lengua que heredaron de su abuela.

¿Qué importa conocer la analogía, esa sintaxis, la ortología vana, esa prosodia, ni esa ortografía? ¡Invenciones de aquel que tuvo gana de sujetar á regla los talentos, pretendiendo igualar entendimientos!

«Mira á Juan, á María, ó á Murillo en unión con el célebre Octaviano» y que hicieron de su lengua un baturrillo, y hablaron jerigonza en castellano, sin haber dedicado una hora sola á estudiar la gramática española.

Estos y otros que todos conocemos, escriben y publican sus papeles, que corren por las calles todos vemos en cubiertas de dulces y pasteles, ó yacen en los sucios bodegones sirviendo de escondrijo á los ratones.

Escritores han sido los citados que nos dieron políticos consejos de sus vanas cabezas escapados, como huyen de sus cuevas los conejos sin temer el lebre que les atrape, por más que se les grite, zape! zape!